

PARA EL DIA DE PENTECOSTES.

CARACTERES DEL ESPIRITU DE JESUCRISTO

Y DEL ESPIRITU DEL MUNDO.

Primer carácter. El primer carácter del espíritu de Jesucristo es el ser un espíritu de separacion, de reconocimiento y de oracion. Apenas quedaron llenos de él los apóstoles, cuando renunciaron á los demás cuidados exteriores por entregarse solamente á la oracion y al santo ministerio de la divina palabra, siendo como habian sido antes tan carnales y distraídos, que ignoraban hasta el modo con que habian de orar. Esta es la primera mudanza que obra el espíritu de Dios en una alma. En lugar del gusto que antes hallaba en entregarse á los objetos exteriores, la mas suave ocupacion de una alma movida y llena del espíritu de Dios es el recogerse dentro de sí misma, porque en su interior halla á su Dios; por eso no sale de sí sino con trabajo, y aun entre el tumulto y diversiones del siglo se forma una secreta soledad en su corazon, en la que continuamente conversa con su Señor. Por eso el após-

tol llama al hombre cristiano hombre espiritual é interior, y al mundano y pecador, hombre exterior; para enseñarnos que desde que una alma ha recibido el espíritu de Dios y que está verdaderamente animada de él, toda su vida es casi invisible é interior. Sus mas comunes acciones se santifican con la fe oculta que las purifica; el Espíritu Santo arregla sus deseos, reforma sus juicios, renueva sus afectos, espiritualiza sus intenciones; cuanto ve no lo ve sino con los ojos de la fe; el mundo entero no es mas que un libro abierto en donde continuamente descubre las maravillas de Dios y la extraordinaria ceguedad de casi todos los hombres.

No quiero decir que no puedan alguna vez los objetos de los sentidos sorprenderla y engañarla; pero estos son unos engaños y unas ausencias que no duran mas que un instante. Avisada inmediatamente de su distraccion por los interiores remordimientos del espíritu de Dios que habita en ella, vuelve inmediatamente á entrar dentro de sí misma, de donde parece que la habia sacado el mundo. El espíritu de fe, de recogimiento y de oracion es el que nos da testimonio de que hemos recibido el espíritu de Dios. Por eso en los libros santos son llamados justos los que viven de la fe, los que peregrinos y viajeros en la tierra y ciudadanos del futuro siglo, todo lo ordenan á aquella eterna patria, á la que sin cesar caminan, sin hacer caso de cuanto sucede en la tierra.

Por esta regla nos hemos de juzgar ahora á nosotros mismos. ¿Hallamos en nosotros este primer carácter del espíritu de Dios? ¿examinamos lo que domina en nuestros juicios, en nuestros deseos, en nuestras aflicciones, en nuestros fines, en nuestros proyectos, en nuestras esperanzas, en nuestras alegrías y en nuestros pesares? ¡Ah! nues-

tra vida es una vida absolutamente exterior, y toda existe fuera de nuestro corazón, y por consiguiente lejos de Dios. El espíritu del mundo es el que forma nuestros deseos, el que gobierna nuestros afectos, el que regla nuestros juicios, el que produce nuestras ideas y el que anima todos nuestros pasos. Si sucede que en algunas ocasiones tengamos algunos pensamientos cristianos y algunas ideas conformes á las de la fe, no son mas que unas chispas de fe, por decirlo así, que huyen; unos intervalos de gracia que no interrumpen mas que por un instante el curso de nuestras disposiciones mundanas; pero lo que domina en nuestra conducta, lo que compone el cuerpo de nuestra vida, el principio de todos nuestros pensamientos, es el espíritu del mundo. Pues el espíritu de Dios no reina donde reina el espíritu del mundo, luego todavía pertenecemos al mundo y á su espíritu, y bajo unas exterioridades religiosas y arregladas, nuestro corazón aun es mundano.

Segundo carácter. El segundo carácter del espíritu de Dios consiste en ser un espíritu de abnegación y penitencia, y este carácter es una consecuencia necesaria de la abnegación y de la vida interior de que acabo de hablar. A la verdad, luego que el espíritu de Dios nos llama dentro de nosotros mismos, nos descubre inmediatamente que nuestro corazón, nuestro espíritu, nuestra imaginación, nuestros sentidos, nuestro cuerpo, en una palabra, que todo está desordenado en nosotros y opuesto al orden, á la verdad y á la justicia. Es, pues, imposible que manifestándonos este universal desorden no obre en nosotros dos disposiciones; la primera restablecer el orden que en nosotros ha turbado el pecado; la segunda vengar la justicia de Dios, ultrajada por este desorden.

Primera disposición. Restablecer el orden que en nos-

otros ha turbado el pecado. Porque las luces de que el espíritu de Dios llena al corazón, no son luces estériles, y hace que amemos las verdades que nos enseña; por eso una alma renovada con el espíritu de Dios aborrece en sí cuanto ve que se opone á la verdad y á la justicia, y se anima de un santo celo para enderezar sus afectos é inclinaciones al orden y á la regla; de este modo es fácil juzgar si hemos recibido el espíritu de Dios ó si vivimos aún con el espíritu del mundo; porque el alma poseída del espíritu de Dios pone todo su cuidado en restablecer en su corazón con continuas violencias el orden que la injusticia de las pasiones habia turbado en él, y nada se perdona; al contrario, el espíritu del mundo es un espíritu de pereza y falta de mortificación; un espíritu indulgente para todas las desarregladas inclinaciones; un espíritu de cuidado en satisfacerlas, de destreza para justificarlas, de amor propio que las gobierna y las retiene para las transgresiones esenciales, por librarse de los remordimientos, pero que en todo lo demás se entrega á ellas y se deja arrastrar de ellas; luego si no hacemos violencia alguna á nuestras inclinaciones, si no nos cuesta trabajo el pelear contra nosotros y vencernos, si no padecemos nada por ser de Dios; si la regularidad de nuestra vida es acaso efecto de nuestro temperamento, ó una circunspección que nos impone la edad y el mismo mundo, etc., en este caso aun somos del mundo y el espíritu de Dios no habita en nosotros.

Segunda disposición. Vengar la justicia de Dios ultrajada con el desorden de nuestras pasiones. Este es el primer movimiento que el espíritu de Dios produce en una alma renovada; la hace que tome parte en los intereses de la divina justicia contra sí misma, le penetra del temor de sus juicios, la anima de un santo celo contra una carne que ha

servido á la iniquidad, y así, para conocer si hemos recibido el espíritu de Dios, no tenemos que hacer mas que entrar dentro de nuestro corazon. ¿Hallamos en él aquel celo de penitencia que no se satisface ni con las lágrimas, ni con los gemidos, ni con las violencias, porque nunca le parece haber suficientemente satisfecho á la divina justicia? ¡Ah! que todos nuestros cuidados se reducen á halagar á una carne que la divina justicia solo mira con ojos de indignacion, y en vez de tomar parte en los intereses de la justicia de Dios, pleiteamos continuamente en nuestro favor contra ella: luego todavía estamos poseidos del espíritu de la carne y de la sangre, y el espíritu de Dios no habita en nosotros.

Tercer carácter. El último carácter del espíritu de Dios es el ser un espíritu de fortaleza y de valor. Como este espíritu es el que venció al mundo y es mas fuerte que él, no le teme. Por eso luego que el espíritu de Dios bajó sobre los apóstoles, flacos antes y tímidos, anuncian con un santo valor delante de los sacerdotes y doctores á aquel Jesus de quien poco antes no se atrevian á declararse por discípulos. Se derraman por todo el universo, y el mundo entero que se levanta contra ellos solo sirve de aumentar su firmeza y su constancia. Lo mismo sucede á una alma que está llena del espíritu de Dios; este espíritu la eleva sobre sí misma, imprime en ella sus divinas propiedades de libertad é independencia, la hace que mire las grandezas y soberanías de la tierra como un vano átomo indigno de su cuidado. Por eso ninguna cosa iguala al valor, á la elevacion y á la nobleza de una alma en quien habita el espíritu de Dios: como no está unida al mundo, no le teme; sus juicios y sus befas la son indiferentes, no cede sino á la verdad, no usa de aquellas tímidas condescendencias en

que tanto padece la piedad. Al contrario, el espíritu del mundo es un espíritu de engaño y de artificio; como su principio es el amor propio, no busca la verdad sino en cuanto ésta puede serle agradable; solo honra la virtud en aquellas ocasiones en que la virtud le honra á él; luego si el espíritu que nos gobierna es un espíritu tímido y de condescendencia, si tememos el ser de Dios, si en todas las ocasiones en que se ofrece declararse en su favor usamos de artificios y cedemos, si siempre que se trata de desagradar, por no faltar á la obligacion, tenemos la trasgresion por legítima, si lo primero que examinamos en los caminos en que Dios nos pone es si será del agrado del mundo, si parecemos aún mundanos por no perder su estimacion, si hablamos su idioma, si alabamos sus máximas, si nos sujetamos á sus costumbres, en vano nos gloriamos de conservar aún en el corazon algunas reliquias de amor á la verdad; en vano nos figuramos que sentimos estar entregados al mundo. Desengañémonos, pues, que no es el espíritu de Dios sino el del mundo el que habita en nosotros y nos gobierna.

